

70º aniversario del estallido de la Guerra Civil

Se cumplen hoy 70 años del inicio de la Guerra Civil, un conflicto que ha marcado durante largos años la vida de los españoles. Destacados historiadores analizan en estas páginas el estallido de la contienda, desde la debilidad del Gobierno republicano y las dudas de Franco hasta la pasividad de algunas grandes potencias ante la sublevación militar. Paralelamente, personas que sobrevivieron aportan sus testimonios sobre aquellos dramáticos días



Francisco Franco, sentado en el centro de la segunda fila, preside una comida de jefes y oficiales de las guarniciones de Canarias en los primeros días de julio de 1936. / EFE

Todo empezó un 17 de julio

El general Mola exigió la máxima dureza para lograr el triunfo de la sublevación que iba a hundir la República

En realidad, no fue el 18, fue el 17. Y no fue en España, sino en el Protectorado de Marruecos. Los militares que venían conspirando contra el Gobierno de la República no las tenían todas consigo, pues no faltaban notorios conspiradores que daban la impresión de nadar y guardar la ropa, entre ellos, el mismo general Franco, comandante militar de Canarias. Una profunda desconfianza, una permanente sospecha y algunos enfrentamientos a tiros habían enrarecido el aire de los cuarteles y obligado a posponer en varias ocasiones el día de la rebelión. El director, el general Mola, había exigido el empleo de la máxima dureza, o sea, fusilamiento con o sin consejo de guerra, contra quienes se opusieran a la acción una vez emprendida. Pero al escribirlo pensaba en las autoridades republicanas, en los dirigentes de partidos de izquierda y de los sindicatos obreros, no en sus conmitones. La insurrección, proyectada para las primeras horas de la mañana del 18 de julio, comenzó, sin embargo, antes de lo previsto en Marruecos, con el tiro a boca-

jarro a los jefes indecisos, allí mismo, en los despachos de los cuarteles, entre voces y griterío. La primera víctima, el general Romey, marcó la norma futura: para garantizar el éxito había que liquidar, como primera providencia, a los jefes y oficiales que declaraban su lealtad al Gobierno legalmente constituido o que se mostraban remisos y dubitativos.

Roto ese dique, el torrente se desbordó sin conocer ningún límite: si la muerte era el destino de los compañeros desafectos, ya se puede imaginar cuál podría ser el de los obreros, campesinos y autoridades republicanas allí donde ofrecieron débil resistencia. Ocurrió así en tierras del Protectorado en la tarde del 17 de julio y la pauta se impuso de inmediato en los focos de rebelión que alumbraron desde las primeras horas de la mañana y se extendieron por la tarde y noche del 18. La Coruña y Vigo, Álava y Navarra, las capitales de Castilla la Vieja, Sevilla. En todas partes se repitieron idénticas escenas: insurrección, detención y fusilamiento de jefes y oficiales indecisos, sin importar grado de parentesco o amistad; adhesión, donde las hubiera, de milicias falangistas y carlistas; rápido

control de las calles, incursiones de castigo en los barrios obreros; asesinato de alcaldes y gobernadores civiles. En Madrid, en la noche del 17 al 18, la República —como escribió Manuel Azaña— estuvo pendiente de un hilo: habría bastado la decisión audaz de quienes ocupaban todos los establecimientos militares para acabar con el régimen en unas horas. Pero, añade Azaña, se produjo el hecho contrario.

El hecho contrario no consistió en que a la falta de audacia de los rebeldes respondiera el Gobierno con firmeza: el Gobierno de la República se hundió la misma tarde del golpe. ¿Qué Gobierno era ese incapaz de resistir el golpe y aplastarlo? Ante todo, no era un Gobierno de Frente Popular aquel contra el que se rebelaban, caóticamente, las guarniciones militares. Para serlo, hubiera requerido, como en Francia, la presencia de los socialistas, porque el apoyo parlamentario de los comunistas se daba por descontado. Pero los socialistas se habían negado a incorporarse a un Gobierno de coalición cuando Manuel Azaña, el 11 de mayo, recién elegido presidente de la Repú-

blica, ofreció a Indalecio Prieto la presidencia del Consejo de Ministros. Fue la facción liderada por Francisco Largo Caballero la que se negó a incorporar a su partido al Gobierno en la ilusoria e irresponsable esperanza de que los republicanos, al cabo de unos meses, no tendrían más remedio que franquear la puerta y poner en sus manos todo el poder.

Esta estrategia suicida, además de dividir e inutilizar a los socialistas como fuerza hegemónica de la coalición republicano-obrera, dejó al Gobierno a la intemperie, sin bases sólidas sobre las que apoyarse. Y fue contra un Gobierno débil, formado exclusivamente por republicanos de centro-izquierda, bajo la presidencia de Santiago Casares Quiroga, contra el que pusieron en marcha su proyectada conspiración los militares que desde el 8 de marzo se habían juramentado para dar un golpe de Estado. No era la primera vez que lo intentaban. No era tampoco la primera vez que un Gobierno de la República tenía que habérselas con una intontona militar, de la que todo el mundo hablaba y de la que todo el mundo, incluso la policía, estaba al cabo de la calle.

A nadie, por tanto, pilló de improviso la tarde del 17 de julio el rumor rápidamente extendido de que algo ocurría en tierras del Protectorado. El Gobierno esperaba la insurrección y había tomado las medidas que estaban de su mano para entorpecer con piedrecitas su maquinaria: creyó que con los traslados de los principales sospechosos y el nombramiento de generales de confianza al frente de las fuerzas de policía y de la Guardia Civil, la proyectada rebelión sería aplastada, si no tan fácilmente como en agosto del 32, al menos con efectos más radicales y permanentes: ahora el castigo sería ejemplar. Los dirigentes obreros, por su parte, acariciaban la expectativa de que los militares se rebelasen porque en su visión del alumbramiento del nuevo mundo bastaba una huelga general para derrotar a la reacción militar.

Y ése fue el hecho contrario al que se refería Azaña: la rebelión puso en marcha un movimiento de resistencia obrera y popular que, sumando su presión a la que procedía del bando contrario, se llevó por delante al Gobierno presidido por Casares, dejando

Pasa a la página 25

70º aniversario del estallido de la Guerra Civil

Viene de la página 24

sin gobierno a la República durante unas horas decisivas. Para tapar el hueco, Azaña ofreció al presidente de las Cortes, Diego Martínez Barrio, el encargo de formar un nuevo Gobierno que se ampliara por la derecha y por la izquierda con el refuerzo de liberales y socialistas. Martínez Barrio lo intentó en la noche del 18, pidiendo a Felipe Sánchez Román, líder del pequeño Partido Nacional Republicano, y a Indalecio Prieto, dirigente de la facción centrista del PSOE, su incorporación al Gobierno. El primero accedió, pero Prieto, tras consultar con su partido, regresó con una respuesta decepcionante: el PSOE se negaba por segunda vez, ahora en circunstancias dramáticas, a entrar en gobierno. Era, de nuevo, la estrategia de Largo Caballero y de sus consejeros de la izquierda socialista la que se imponía: esperar a que los republicanos sucumbieran para ocupar los socialistas en solitario todo el poder.

A pesar de este revés, Martínez Barrio habla con algunos jefes de las divisiones orgánicas y con el general Mola, que en esos momentos es ya —desposeído del mando y detenido el general Batet, que en unos meses será también fusilado— jefe efectivo de la VI División: “Es tarde, muy tarde...”, responde Mola a las consideraciones que le hace Martínez Barrio. En realidad, a esas alturas, los rebeldes, conducidos sobre el terreno más por comandantes que por generales, han matado tanto que tienen cerrada cualquier posibilidad de marcha atrás. A pesar de que Madrid ni Barcelona caen, tienen que seguir adelante. Lo proclama Franco en sus arengas radiadas; lo dice Mola a su interlocutor. Martínez Barrio también sigue adelante y a primeras horas de la mañana del día 19 ha logrado formar un Gobierno a base de los tres partidos que un año antes habían sellado una especie de nueva alianza republicana: Izquierda Republicana, de Azaña; Unión Republicana, del mismo Barrio, y Partido Nacional Republicano, de Sánchez Román.

Pero este Gobierno tiene, antes de nacer, las horas contadas. En una noche de insomnio cargada de rumores se corre rápida-



El cadáver de José Calvo Sotelo, antes de que se le practicara la autopsia. El asesinato de este político fue uno de los detonantes de la sublevación militar. / ALFONSO

mente la voz de que Martínez Barrio negocia una paz con los generales rebeldes. Socialistas, anarquistas y comunistas convocan una gran manifestación. Desde primeras horas de la mañana del domingo llegan hasta Martínez Barrio las voces de los manifestantes exigiendo armas y gritando “¡abajo el Gobierno!”. El recién nombrado presidente dimite: su presidencia habrá durado poco más de seis horas, el tiempo justo para que el flamante Gobierno apareciera en la *Gaceta* cuando ya había dejado de existir. Azaña convoca entonces al Palacio Nacional a los dirigentes de los partidos y sindicatos con objeto de resolver la crisis de ma-

nera que todos se sientan implicados en la fórmula que se adopte.

En esa reunión, Largo Caballero, que también ha acudido, rechaza por tercera vez la participación socialista y sólo da su aprobación a un Gobierno formado exclusivamente por republicanos bajo la condición de que proceda a repartir armas a los sindicatos. El presidente de la República confiere entonces el encargo a su viejo amigo José Giral, que acepta la tremenda responsabilidad. Ya está, pues, el pueblo armado contra los generales rebeldes. Son pistolas y, todo lo más, el famoso máuser de 750 metros de alcance: sobre armas cortas van a edificar los sindica-

tos el nuevo poder obrero y campesino. Los militares decían haberse alzado contra el peligro comunista y lo que han puesto en marcha es una revolución sindical. Será un poder atomizado, suficiente para aplastar la rebelión allí donde los rebeldes han dudado y se han encerrado en sus cuarteles; trágicamente inútil allí donde los militares se han adelantado y han establecido un férreo y despiadado control.

Será también un poder que vuelve inane el poder del Gobierno de la República. Revolución triunfante es proliferación de comités sindicales que comienzan a organizar la defensa contra el agresor y la represión del enemi-

go interior. Desde el mismo 18 de julio se destruyen por el fuego los símbolos del viejo mundo derrocado, se queman archivos, se incendian iglesias, se da muerte a quienes se han señalado, personal o institucionalmente, como enemigos de la clase obrera y de la revolución —propietarios, clérigos, guardias civiles—, mientras se abole el dinero, se incautan empresas, se patrullan las calles. Sobre las ruinas del Estado republicano, la revolución —o lo que quiera que fuese aquella resistencia obrera, campesina y popular al golpe militar— anunciaba, a pesar de la euforia de tantas noches febriles, más que un triunfo, una larga guerra civil.

Los anarquistas vencieron en las calles de Barcelona

S. J. En Barcelona fue un día muy largo el 20 de julio; tan largo que había comenzado el 18: día de la gran victoria lo definió el dirigente de la CNT Juan García Oliver. Los anarquistas habían “vencido totalmente” al Ejército en las calles. Lluís Companys, líder de Esquerra Republicana y presidente de la Generalitat, llamó por teléfono a los vencedores para que una delegación de la CNT fuera a entrevistarse con él. Y a la Generalitat acudieron el mismo García Oliver, Buenaventura Durruti y Diego Abad de Santillán, enfundados en sus monos con correa y pistolón al cinto. Eran los dueños y podían ir a por el

todo. Como García Oliver había aleccionado a una mujer presa al abrirla las puertas de la cárcel: nadie os va a castigar, ahora mandamos los anarquistas. Los anarquistas, o sea, los más radicales enemigos de toda forma de mando.

Sobre esa contradicción transcurrió la célebre escena de aquellos anarquistas que consideraban a Companys un despreciable burgués pero ante el que renunciaron a hacerse con el todo. Bastó que el burgués reconociera el triunfo de la CNT y les ofreciera la Generalitat entera para que se echaran atrás y le rogaran que siguiera en su puesto, conscientes quizá de que no sólo ellos se habían echado a

la calle para derrotar a la insurrección. También habían salido la Guardia de Asalto y los Mossos d'Esquadra y los comunistas del PSUC y del POUM y hasta la Guardia Civil, que se dirigió hacia la plaza de España al mando del coronel Escobar. Así que después del día más largo, los tres dirigentes de la CNT aceptaron formar con el resto de las fuerzas políticas, y bajo la presidencia de Companys, una especie de gobierno de coalición con la pomposa denominación de Comité Central de Milicias Antifeixistes. Era 21 de julio, día de lo que el mismo García Oliver llamará más adelante el comienzo de la gran derrota.

El Consejo Ejecutivo de Euskadi se declaró neutral

S. J. Entre las decenas de 18 de julio que tuvieron lugar aquel 18 de julio, el País Vasco y Navarra concentraron la mayor variedad posible, desde el aplastante triunfo de la rebelión en Pamplona hasta su completa ausencia en Vizcaya, pasando por Guipúzcoa, donde partidos y sindicatos obreros se encargaron de la resistencia. Tan católicos los nacionalistas como los carlistas, más bregados en el manejo de las armas los segundos que los primeros, la línea divisoria vendrá trazada no por la religión, tampoco por la clase social, sino por la promesa de lo que habría de ocurrir con el Estatuto de Autonomía,

pendiente de promulgar.

De ahí las dudas y vacilaciones de las primeras horas. El Consejo Ejecutivo de Euskadi, reunido en San Sebastián el mismo 18 de julio, se sitúa a la expectativa y se declara neutral en un conflicto que afecta sólo a los españoles. En Vizcaya, sin embargo, el comité del PNV considera que la lucha está planteada ente ciudadanía y fascismo y se pronuncia por la democracia y la República, una resolución que finalmente arrastra también a los guipuzcoanos que el día 20 declaran también su apoyo a la República.

En Álava y, con mayor intensidad en Navarra, los acontecimientos discurren por otros derroteros.

Si a algún momento conviene la definición de la rebelión militar como plebiscito armado —definición que los obispos consagraron en su carta colectiva de julio de 1937— es al 18 de julio en Pamplona. Las noticias de la rebelión pusieron en marcha una movilización popular que llevó a la capital de Navarra a miles de voluntarios encuadrados en la Comunión Tradicionalista. Fue, en verdad, la única manifestación de apoyo y calor popular recibida por los militares insurrectos, en la que se mezclaba la defensa de la tradición, la religión y los fueros y que aseguró a Mola su más leal base de operaciones.